

ALBOR

Los pasos resultaban prácticamente imperceptibles en el pálido pavimento, parecía como, con increíble gracilidad, aquella persona fuese realizando una danza sobre los viejos adoquines, primero se depositaba uno de sus pies, antes de parpadear, el siguiente se había depositado unos palmos más allá. Su avance era rápido, y fugaz, su cuerpo parecía no estar limitado por las leyes naturales, los contornos de su cuerpo no estaban muy definidos, como rodeado de un velo de hebras de humo. Era firme, se dirigía hacia un punto, y a su alrededor cientos de figuras, semejantes a él, le miraban extrañados ante tanta energía en un mundo acostumbrado a caer en las garras del aburrimiento.

Su reflejo le fue a recibir desde un pulido cristal que se encontraba en uno de los bordes de la calle. Un joven alto, demasiado delgado para su edad, con la piel tan pálida que se veía surcada de multitud de venas de azulada presencia, los ojos resultaban extraños, su color era normal en su gente, una especie de añil tan puro que podía percibirse la inocencia de esas criaturas, pero en él eran diferentes, demasiado inquisidores, curiosos, moviéndose tan rápidamente de un lugar a otro que parecían competir en algún siniestro juego con los danzantes pies. Los rasgos de la cara eran bellos, los humanos habrían enmudecido ante su belleza, los cinceles de los mejores artistas debían haberse aliado para esculpirlo, pero resultaba tan antinatural que provocaba sentimientos encontrados. Para terminar, su pelo, que parecía querer rivalizar con la nieve en pureza y blancor, caía de forma desordenada sobre su frente, como si nunca hubiese sido domada por peine alguno.

Tras unos minutos más, su raudo paseo le llevó a una pequeña colina, donde se alzaba una inmensa torre, como una columna que se sumía en las nubes, fusionados, elevándose cada vez más con la gracilidad propia de un pequeño pájaro cantor y quedaba oculta tras el inmenso azul del cielo. Zrak se giró para admirar el espectáculo que se encontraba detrás de

él, la pequeña ciudad conseguía quedar oculta en los jirones de su amada niebla, los edificios se sostenían en las nubes, flotando de forma tan desordenada y caótica, que únicamente sus habitantes conseguían guiarse. Las nubes lo formaban todo, eran masas informes que se iban transformando, según ibas avanzando en mirarlas, las formas aparecían en tu mente, aquello que parecía una balastrada acababa por convertirse en una definida terraza con árboles de cristal y flores etéreas. La magia del lugar era tal que los artistas humanos nunca habrían podido captarla en sus vulgares lienzos.

Zrak se dirigió hacia la torre, no existía ninguna puerta, ni ventana, ni siquiera la más leve imperfección se atrevía a desfigurar la serena belleza que desprendía, una superficie plana de color blanco era lo único que se podía apreciar. Sin embargo, el joven no aminoró su marcha, continuó como si no hubiese nada delante de él y justo antes de impactar contra la superficie, su cuerpo pareció desgarrarse, la luz atravesaba tanto piel, carne y hueso y consiguió llegar al otro lado.

Una enorme sala se presentó a su vista, circular, sin ningún tipo de defecto que pudiese distraer a la cantidad de jóvenes que se encontraban allí. Todos ellos parecían ser copias de Zrak, apenas leves diferencias existían entre ellos, y únicamente un ojo muy agudo conseguiría distinguir unos de otros. Pero entre ellos se reconocían fácilmente, ¿cómo van a confundirse dentro de su misma sociedad?

Zrak se dirigió al centro de la sala, donde la gente había comenzado a reunirse sin motivo aparente, él sabía perfectamente la razón, y no pensaba llegar tarde. Pero a pesar de su determinación, algo le hizo pararse, apenas un leve detalle que para nadie supondría la más mínima diferencia. Modificó su rumbo y llegó hasta una pequeña maceta, en la que una

pequeña flor trataba desesperadamente de agarrarse a una vida que se le escapaba entre sus desgastados y cansados pétalos violáceos. Zrak la observó fijamente durante unos segundos, trató de sentir todo aquello que podría haber sentido esa planta, recordar todo, ser uno con ella, y antes de que se diese cuenta, su mano cruzó lentamente el espacio que les separaba. De sus dedos comenzaron a surgir unos pequeños hilos dorados, tan finos que parecían romperse con el mínimo contacto con el aire, y tan brillantes, que los delicados ojos de Zrak tuvieron que cerrarse, pero no le importaba, sabía perfectamente lo que debía hacer. Sus dedos comenzaron a describir signos en el aire, los hilos empezaban a tejer una intrincada maraña, y la velocidad de las manos no paraba de aumentar hasta que se convirtieron en apenas una pálida sombra. Los hilos se retorcían, enrollaban sobre sí mismos y realizaban intrincados modelos, y mientras tanto la matriz de la flor, comenzó a cambiar, sus defectos se fueron corrigiendo, modificando su propia alma. Cuando terminó, la pequeña planta se alzaba orgullosa, buscando los dorados rayos solares.

Zrak esbozó una pequeña sonrisa, apreciando la belleza que acababa de ayudar a crear. Pero la expresión serena volvió a adueñarse de su rostro y con sencillez regresó al centro de la habitación, donde ya prácticamente todos los jóvenes se encontraban alineados, alrededor de un punto en el centro. Zrak se deslizó entre ellos, hallando pequeños huecos donde su esbelto cuerpo podía avanzar con facilidad, sorteando a aquellos que le impedían el paso hasta llegar a la primera fila.

En el centro del círculo, no había nada, únicamente era un espacio alrededor del cual los jóvenes se concentraban. El suelo estaba surcado de retorcidos dibujos, todos en color dorado que parecían tratar de imitar aquellos modelos formados por las manos de Zrak en el aire, pero con unos resultados desastrosos, ya que no lograban igualar la delicada belleza

que habían desprendido. A la vista de todos, en el centro de la sala comenzó a condensarse un poco de humo, al principio no parecía más que un efecto óptico, tal vez las luces se reflejaban de forma extraña, pero poco a poco el humo comenzó a hacerse más sólido, y a adquirir una forma más definida, hasta que por fin, ante ellos se encontraba un hombre, igual de pálido que los jóvenes pero sus rasgos se mostraban cansados y agrietados, aunque sus movimientos eran igual de delicados. Todos los jóvenes parecían estar pendientes de lo que iba a decir el Maestro Iben.

- Muchas gracias por venir- su voz era suave, sedosa pero, al mismo tiempo firme y podía recorrer todo el espacio hasta llegar a los oídos de los presentes a pesar de ser apenas un susurro.- Los jóvenes debéis ser instruidos en la historia de nuestra sociedad, los Níveos, para así entender nuestra labor y poderes.

Zrak miró a su alrededor, muchos de los que le rodeaban miraban extasiados al Maestro Iben, no en vano era uno de los más sabios y poderosos señores, sus palabras parecían causar gran emoción allí donde llegaban, ya que todos y cada uno de ellos no podía parar de mirarlo, bebiendo de cada gesto que hacía.

- Las historias sobre nuestro origen se remontan a miles de años atrás, pocos las recuerdan y las leyendas circulan de forma descontrolada, sin embargo, es necesario que, ahora que habéis llegado a cierta edad, conozcáis la historia oficial.

La sala entera pareció dejar de respirar, conteniendo la emoción ante lo que sería un gran acontecimiento. Zrak no entendía esa expectación, la historia era perfectamente conocida por todos desde que eran pequeños, este espectáculo consistía únicamente una formalidad llevada a cabo por el Consejo de Maestros para mantener la tradición en las siguientes

generaciones.

- Nuestros poderes tienen origen en el mismo mundo, nacimos dotados del mayor don de la Naturaleza: somos capaces de coser los desgarrones del alma, arreglar aquello que se destruye, introducirnos en lo más oculto para llevarlo a la verdad y la belleza. Sin embargo, hace miles de años no habitábamos aquí, vivíamos en la tierra, de forma que nuestros sueños de pureza y perfección quedaban sometidos al azar en un mundo corruptible e imperfecto. Pero conseguimos perfeccionarnos, abandonamos el dolor terrenal, adquirimos la matriz de los cielos y llegamos a ser quienes somos, los Níveos, alzándonos por encima de las ataduras terrenales, construyendo nuestros sueños en las nubes y viviendo en una sociedad sin ataduras de convenciones. La Tierra quedó a merced de la muerte y la destrucción, habitada por humanos y animales. Ellos pagarán por el daño que han hecho.

La sala no pudo contener un gran grito de ovación ante estas palabras, en pocos segundos el aire vibraba golpeado por las emociones y el Maestro Iben incluso llegó a mostrar una sonrisa. Sin embargo, en ese momento, una voz se alzó, apenas perceptible ante el griterío:

- Pero, al estar dotados de estos poderes ¿no deberíamos tener una responsabilidad, para y con el mundo?- Zrak sonaba firme y seguro, llevado por firmes ideas fraguadas a lo largo de los años.- Habéis dicho que la Naturaleza nos otorgó estos dones, y que estamos destinados a la perfección, pero decidimos darle la espalda, abandonar el mundo a su suerte, cuando con un simple gesto podemos curar enfermedades y repoblar bosques; somos el ejemplo viviente de bondad, pero observamos sin inmutarnos cómo los humanos se autodestruían en miles de guerras; nos creemos superiores en nuestros mármóleos y blancos palacios, en la deliciosa compañía de las nubes, tan infinitamente mejores que la

Tierra no merece nuestra atención. Pero tengo una información nueva para la historia propagandística del Consejo: damos asco. Nos creemos especiales a los humanos pero ellos tienen un poco de valentía.

El silencio había irrumpido durante el discurso y durante un segundo su reino abarcó la sala. Nadie, nunca antes, había detenido al Maestre Iben, y menos aún, contradicho al consejo y a la sociedad Nívea. La indignación recorrió los cuerpos de los jóvenes y estalló en un potente rugido, tratando de acallar los argumentos con la ira irracional, incluso el Maestro Iben pareció confundido y una muchacha de un extraño moreno, acudió para sujetarlo. Los gritos se transformaron en golpes y empujones, Zrak sabía que eso podía pasar, y haciendo gala de sus delicados reflejos, se escabulló rápidamente del tumulto y escapó de la sala, sin que nadie se percatase de que el causante de todo acababa de huir. Conocía cada recoveco de aquella torre y un pequeño y polvoriento armario le recibió con los brazos abiertos para protegerlo de cualquier consecuencia. Permaneció allí, en la oscuridad, respirando lentamente y con una sonrisa en los labios.

De repente la puerta se abrió, y una daga de luz apuñaló repetidamente sus ojos antes de que pudiese acostumbrarse. Delante de él, con un gesto serio se encontraba la chica de pelo moreno que había ayudado al Maestre Iben apenas unos instantes antes. Tras reconocerlo, su gesto se volvió más duro y después, se transformó en una sonrisa.

- Hola Zrak- dijo mientras se acurrucaba junto a él en el pequeño armario.

- Buenos días Sina- respondió este con una sonrisa, era su mejor amiga, aquella con la que había compartido tantos juegos en la niñez, junto a la cual había empezado a utilizar sus poderes y aún más importante, a desarrollar aquellas ideas tan poco ortodoxas. Resultaban

una pareja bastante extraña, ambos demasiado juntos en un armario tan pequeño, uno con un pelo alborotado de blanco cegador, mientras que el de ella destacaba por ser extremadamente liso y de negro azabache.

- ¿La tienes?- dijo él. Como respuesta, ella le pasó un pequeño objeto a la mano.

No tenía tiempo que perder. Con una simple mirada le transmitió un intenso agradecimiento. Su amistad siempre había sido así, nunca habían necesitado hablar mucho, sus miradas cargaban con más información de lo que podría hacerlo el aire. Se despidieron y cada uno se marchó por un camino diferente.

Zrak comenzó a descender las escaleras. Su discurso no era simple palabrería, había crecido en una sociedad preocupada por la belleza y la pureza, sumida en su propia egolatría que apartaba la mirada ante el sufrimiento ajeno. Pero estaba cansado de esa situación, agotado de que nadie hiciese nada y sus poderes se malgastasen. Era el momento de cambiar y desde luego Zrak no le gustaba quejarse sin actuar, tenía un plan que llevaba años elaborando, a pesar de su juventud sabía que debía hacerlo y de este modo ayudar a un mundo que imploraba su ayuda.

Continuó descendiendo, cada vez más, sin pararse a mirar lo que pasaba a su alrededor, en diversos momentos tuvo que ocultarse porque oyó ruidos pero continuó con su firmeza. Al contrario de lo que se podía pensar, cuanto más bajaba, mayor claridad había, parecía provenir de las propias paredes y le transmitía seguridad.

Por fin llegó al final de la escalera. Allí, un guardia, caracterizado por tener una elaborada armadura con detalles en plata, guardaba una puerta de un extraño color azul, semejante al color del cielo antes de una tormenta.



- Perdona, pero me he perdido- la voz del joven trataba de parecer lo más infantil e inocente posible- ¿sabrías decirme dónde está la sala principal?

El guardia le miró con el ceño fruncido durante un segundo antes de que un gruñido saliese de sus labios como respuesta. Zrak se giró para marcharse, pero tropezó y cayó a los pies del guardia, cuando este se agachó para ayudar a levantarlo, los dedos del joven se agitaban a gran velocidad en el aire y antes de que la sorpresa dejase de iluminar los ojos del soldado, un intrincado dibujo de hilos dorados se enrollaba alrededor de su cuello, ojos y brazos. El guardia intentaba liberarse mientras el poder de Zrak trataba de controlarlo, el joven continuaba realizando los dibujos, de forma que más y más hilos comenzaban a cubrir la cara de su enemigo. Era mucho más difícil que con la planta, le costaba identificarse con él y no paraba de tratar de escabullirse de la trampa dorada, tanto física como mentalmente, pero la determinación de Zrak era demasiado grande y accedió al alma del guardia y con un simple gesto, le dejó inconsciente en el suelo.

Se tomó un momento para recuperar el aliento. Lo que acababa de hacer estaba prohibido por todas las leyes nórdicas, modificar a otro semejante, aún en insignificantes rasgos, era considerado un crimen, además era extremadamente dificultoso, había conseguido dominar a un guardia mucho más experimentado y mayor que él, lo que se consideraba todo un logro, pero estaba mental y físicamente agotado. Torpemente y tropezando con sus propios pies atravesó la puerta azul.

Una habitación rectangular se encontraba al otro lado. Las paredes estaban completamente cubiertas de frescos y tapices, cada uno de los cuales representaba diferentes animales y plantas de la Tierra, incluso en algunos aparecían los seres humanos, de forma que no

quedara ningún espacio sin un elaborado dibujo. El suelo y el techo estaban surcados de multitud de hilos de color dorado que confluían y se alejaban, formando patrones que le resultaban bastante conocidos. En el fondo de la sala se encontraba otra puerta, esta vez de un tamaño mayor, con unas robustas puertas de madera oscura, incrustada en esta, un entramado de hierro en espirales. Parecía vieja y poco utilizada ya que una densa capa de polvo se acumulaba en el marco.

Zrak se acercó hasta pocos centímetros de ella, por fin había llegado. Desde esa distancia podía adivinar que el entramado de hierro formaba las palabras: “Mundo”. Una sonrisa no pudo menos que aparecer en su rostro, mientras sacaba el objeto que le había dado Sina, una pesada llave, antigua, un poco oxidada por los bordes, que encajaba perfectamente en la cerradura que se encontraba en el centro de la puerta. Su amiga había aprovechado el momento en el que sujetó al Maestre Iben para obtenerla.

Llevaba años planeando todo esto. Aquella puerta era el único modo de llegar a la Tierra, la única conexión entre el reino etéreo de los Níveos y el sufrimiento que se desarrollaba mucho más abajo. Significaba el camino para que Zrak llegara a conseguir sus objetivos, utilizar sus poderes en la Tierra y todo su ser vibraba con la emoción de por fin utilizar sus poderes para algo útil. Con manos temblorosas introdujo la llave y la puerta se abrió con un quejumbroso chirrido.

Detrás de la puerta, el cielo azul resplandecía y las nubes tomaban caprichosas formas, la Tierra se adivinaba a miles de metros debajo de él. Bastaba con dar un paso y caería rápidamente, pero no moriría, los delicados dedos del aire lo mecerían hasta depositarlo en el mundo terrenal.

Un ruido a su espalda lo despertó de su ensoñación. Con un rápido movimiento se giró para ver al Maestro Iben regalándole una sonrisa de suficiencia. Zrak, se sintió confuso, era imposible que le hubiese descubierto, llevaba años preparando el plan, determinando los guardias y todos los movimientos, nadie sabía su plan. Nadie excepto... Una figura surgió detrás del Maestro Iben:

- Lo he hecho por tu bien Zrak- la voz de Sina sonaba desesperada.- Lo que querías hacer era una locura, el mundo es corrupto y ni siquiera nosotros podemos salvarlo.

La traición es siempre dolorosa, pero cuando viene de un ser con el que llevas años compartiendo tus alegrías y penas y tus más profundos pensamientos, se convierte en una puñalada que atraviesa con incendiario poder el corazón. Zrak apenas pudo aguantar las lágrimas antes de que los hilos dorados que surgían del Maestro Iben le envolvieran. Sabía cuál era el precio por intentar llegar al mundo. No era la muerte, sería fácil y simple, el Maestro Iben modificaría su alma para convertirlo en un sumiso joven sin ideas propias, destrozaría su mente, convirtiéndolo en una sombra de lo que era. Comenzó a sentir el dolor, a notar cómo los hilos buscaban su alma, cómo el Maestro Iben trataba de cambiar sus ideales, y con ello, asesinar todo en lo que había creído.

Trató de escabullirse, se retorció pero únicamente las carcajadas del Maestro le llegaban a los oídos. Entonces, saltó. Se abalanzó a través de la puerta, los hilos se rompieron y notó cómo caía mientras se acercaba vertiginosamente a su sueño.

Tal vez la esperanza acabase de llevar al mundo, en el albor de las manos de un muchacho.

